

Según pasan los años¹



Isidoro Berenstein
Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires

*You must remember this
A kiss is just a kiss, a sigh is just a sigh.
The fundamental things apply
As time goes by.
And when two lovers woo
They still say, "I love you".
On that you can rely
No matter what the future brings
As time goes by.
Moonlight and love songs
Never out of date.
Hearts full of passion
Jealousy and hate.
Woman needs man
And man must have his mate
That no one can deny.
It's still the same old story
A fight for love and glory
A case of do or die.
The world will always welcome lovers
As time goes by.
Oh yes, the world will always welcome lovers
As time goes by.*

¹ Quise que en esta revista hubiera un escrito de Isidoro. Sarita Berenstein me permitió elegir entre algunos. Me gustó este porque lo representa. Lo ubiqué en esta sección porque también lo representa. Es una charla que dio en el Área de Adultos Mayores de Apdeba el 18 de octubre de 2007.

Antes de que pasen los años. Casablanca es de 1942. Hace más de 60 años. Nací en 1932, entonces cuando daban Casablanca tenía 10 años. Plena Segunda Guerra Mundial. Los campos de concentración. Alemania expresó mejor que los otros países de Europa la decisión política de regular la vida biológica: el estado decidirá qué vida vale la pena vivir y cuál no vale la pena que viva. Se establece nítidamente la biopolítica, aunque había empezado bastante antes una política que regularía la vida, en especial biológica de los sujetos. No siempre fue así, en épocas antiguas y medievales la política, los reinos, regulaban la forma que adquiriría la vida pero no estaba centrada en el cuerpo biológico, éste era el soporte de la vida. Parte de ese desarrollo es sincrónico con el avance tecnológico, especialmente médico. La política se entrama con la medicina y la medicina con la biopolítica. Hay varias fuentes de ansiedad, pero una difusa y bastante invasora es la ansiedad vinculada a sentir que el estado, los laboratorios, las obras sociales, así como el hospital, la cárcel, las escuelas, los institutos de formación nos cuentan como números más que como personas que tienen una forma de ser, es decir, una subjetividad.

Según pasan los años. Canción de la modernidad y de la solidez, todo queda igual según pasan los años, “no importa qué depare el futuro (no matter what the future brings”, “It’s still the same old store”. Pero en el mundo sólido los años no pasan, están ahí, uno detrás de otro, persisten como los pesados y enormes edificios construidos en el siglo XIX en adelante, hechos para persistir por los tiempos de los tiempos. Uno mismo como sujeto pensaba persistir sólidamente. Negaba su creciente debilidad, en base a los reemplazos simil biológicos: *stents*, válvulas, implantes, injerto de córnea, de riñón, de cara, etcétera.

¿Qué es lo que pasa? Si uno se mira en los otros y los otros se miran en uno pareciera que nada pasa. Nosotros, los de la misma edad permanecemos muy parecidos en el vernos día a día. Y ese borde de angustia se amplía a una zona de angustia, porque la mayor experiencia respecto del pasado se inutiliza... porque este presente no es la continuidad de ese pasado... y se cruza con la mayor ignorancia acerca del presente, y por definición acerca del futuro.

Si dejamos de hacerlo, es decir de vernos cotidianamente y no nos encontramos sino después de un tiempo, cada vez nos veremos más cambiados, más cambiados cuanto más tiempo pasó. Ahí, cuando uno se encuentra con un ex compañero de bachillerato y no lo vio en 50 años se encontrará con un anciano, probablemente con algún deterioro. Modificarse poco a poco y en conjunto trae la vivencia de no modificarse. Ilusión de continuidad.

El golpe, el impacto, es cuando los alumnos, los maestrandos son cada vez más jóvenes, cada vez menores para los cuales uno deviene cada vez mayor. Lo ven, nos ven cada vez mayores. ¿Qué quiere decir eso? Alejamiento (en el

tiempo), distancia (en el tiempo), una distancia cada vez mayor nos separa. Podemos hacer un puente de palabras, de conversación, pero luego cada uno queda del otro extremo del puente.

¿De qué hablan los hijos de uno en sus reuniones? Aclaremos que nuestras reuniones son las de la clase media. De sus profesiones, de sus hijos chicos, de colegios, de chimentos referidos a la separación de algún conocido. ¿De qué hablamos nosotros? De qué hablamos. De lo que dicen los diarios, de lo que se llama “la política”, que viene a ser lo último que se leyó en el diario de nuestra predilección. De la profesión, si todavía trabajamos, si estamos jubilados, si muchos o pocos pacientes, en cuyo caso es como un reloj que marca la pertenencia a otro tiempo, si uno sigue gustando o no o menos. Hablamos de las muertes. Murió Grinberg, murió tal otro. ¿Qué edad tenía este otro? 60 años. ¡Qué joven! Tal otro está enfermo. Se está haciendo quimio, etcétera.

Hablemos. Estamos convocados para hablar. Hablar no es preguntar y responder. Hagamos un esfuerzo por hablar, por relacionarnos. Quizá haya que combatir el aislamiento. Lo que se resiente cuando se altera el cuerpo y la subjetividad es la *capacidad vinculante* y deja su lugar al aislamiento. No somos iguales, todos nosotros somos semejantes y a la vez diferentes, distintos. Distintos en la semejanza, semejantes en lo distinto. Hablemos desde la ajenez de cada cual, no busquemos acordar. Hacerle un lugar al otro es lo que contrarresta el narcisismo. Narcisismo y aislamiento se realimentan.

Carlos² me dijo que quizá me preguntaran cómo piensa un psicoanalista con el paso de los años, cómo ve a los pacientes desde esta edad, cómo los entiende, viendo su trabajo respecto de otros momentos. ¿Una edad, una experiencia, enseñan o transmiten algo? Las costumbres cambiaron, se ve cuando se miran fotos de otro tiempo. Israel. ¿Qué habrá sido de las fotos no reveladas? Este nombre me lo prestó Verónica, nuestra tercera hija.

Mi edad varió coincidiendo con una variación social y otra variación más personal en los enfoques teóricos. En los 50 y 60 el pensamiento kleiniano me impregnó y me dio una ilusión de que podía acceder a los recovecos del mundo interno, donde sabría minuciosamente qué y cómo hacía el objeto interno del paciente, siempre a través de la transferencia. Si yo como sujeto reaccionaba, no era mío y tenía el concepto de contratransferencia, era respuesta a lo del paciente. Pero cuando más adelante, varios años después, el paciente me hablaba de que concordaba con el personaje de *Crímenes y pecados*, la película de Woody

² Se refiere al Doctor Carlos Trosman, responsable del área de Adultos Mayores de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires en ese momento.

Allen, aquélla en que el famoso oculista, que había tenido un affaire, y a esa mujer se le ocurre, nada más y nada menos, que quiere vivir con él y lo amenaza con hablar a la casa, con la esposa, no encuentra otro recurso para conservar su forma de vida, su casa, y la hace matar... Biopolítica, él decide quién vale la pena que viva y quién no. Mi paciente dice que le parece bien pues no hay derecho a que alguien, una mina destruya tu vida y la casa de una persona. ¿Y yo, el terapeuta de ese paciente? Y yo como sujeto, diferente de mi paciente, que lo soy, además del objeto o del yo del paciente que está indignado porque los objetos son sujetos con vida propia, ¿cómo hago con eso que se llama el punto de vista ético? ¿Trabajo la ambivalencia de él, en parte proyectada en mí? Voy sintiendo ese malestar un poco difuso de quienes escabullimos el bulto. Debería producir algo con esto que pasa entre nosotros, sin decirle lo que debe hacer, hablándole de esta situación y tratar de que le haga lugar a lo que no tiene lugar, incluidos él y yo, incluidos “entre” él y yo. ¿Acaso no hacen eso todos los analistas? Creo que no. Me baso en las lecturas de material clínico, en los historiales del *Journal*, cuando oigo material clínico aquí en Apdeba...

Charlando con Carlos surgió que no era un requerimiento para esta reunión escribir algo. Pero lo es para mí. Tengo que escribir para pensar. Jugar con las palabras, si tal palabra va adelante o va atrás no provoca el mismo efecto. Si se dice de esta manera no es lo mismo que si se dice de esa otra manera. Hace relativamente poco que supe que ésta era una característica judía, de origen cabalístico, donde las palabras dicen por cómo están hechas, por cómo se enuncian, cómo se visten, se nombran. Las letras que forman la palabra Dios no se pronuncian porque no se sabe cómo hacerlo. En cambio para los griegos, esa cualidad es ornamento, como el maquillaje de las mujeres, no hace al significado seco de cada palabra. Me gusta escribir, me gusta jugar con las palabras a propósito de decir algo. Me hubiera frustrado no escribir algo para hoy.

Voy creyendo que escribir también es dejar un testamento, algo un poco más perdurable que las palabras habladas. Con el tiempo se me hizo más tangible la gente, los colegas más jóvenes, los alumnos, los maestrands, los de los grupos de estudio. Los libros, como materialización de una escritura son como un testamento, quedarán después de uno. La herencia es dejada pero requiere hacerla propia, eso lo dijo Derrida, creo. Pero testamento se relaciona con testimonio, el habla del testigo, el que, según Agamben, habla por los que no pueden hablar. Testigo viene de una palabra antigua: *auctor*, autor, que es “vendedor”, “quien aconseja y persuade”, el que complementa el acto del otro: una relación entre dos sujetos.

¿Discuto más con el paciente? Discuto con él. Acerca de sus puntos de vista y de los míos. Trato de que vea, de que establezca que son variables, si

no para él, para los otros con los cuales está en relación: mujer, amante, hijos, asociados, analista. Me preocupa tratar cuando dice: “no lo pensé” y por eso no le da cabida. “¿Por qué no le da cabida a un pensamiento si es de otro y él no lo tuvo?”

Los errores. Habiendo cometido errores en mi vida, creo haberme hecho más tolerante con los errores de los otros, quiere decir aceptarlos más así. Aceptarlos más incluye que cualquiera de nosotros puede cometerlos, que los errores son de efectos pasajeros, corresponden a momentos de distracción, regresión, estados pasajeros que el sujeto incorpora como suyos. Me son menos aceptables cuando se hace de ellos una cosmovisión, cuando se llenan de explicaciones agotadoras, cuando se cargan de “enorme comprensión”. Un peligro, vuelve a decir Agamben, es la neutralización por exceso de comprensión. La comprensión es algo que aplanar y digiere y priva de sorpresa y de fuerza, de incógnita.

¿Qué me pasó con el paso del tiempo? A partir de un cierto momento, tardó por cierto, me di cuenta de que no me había dado cuenta que contaba menos, esperaba menos el consenso de mis colegas, de mi institución, de mis pares. ¿Qué esperaba hasta ese entonces? Que me hicieran pertenecer y además con el equívoco de creer que debía pertenecer como todos o como los que consideraba ideales. De últimas esperaba que me autorizaran. Fui observando que muchas, no todas las veces, en el amor y también en la revolución habrían de darse autorización a sí mismos. Es que ninguna institución establecida puede autorizar esos movimientos, el amor o la revolución, sin verse seriamente comprometida. Las instituciones son la familia y el estado.

¿Qué me pasó a mí? Me encontré con conceptos que fui acuñando. Que hacen a la subjetividad: presencia además de ausencia y de objeto ausente, producción de subjetividad además de elaboración del duelo, imposición además de identificación, interferencia además de transferencia, relación de sujeto además de relación de objeto, ajenidad además de diferencia, un mapa más complejo de lo que se llama mundo social o mundo público y no como resistencia o proyección del mundo interno.

Me cambió en que una relación entre dos sujetos, paciente y analista, es una relación entre dos sujetos y no sólo relación de uno, el paciente, con una sombra proyectiva que usa del analista en la penumbra. Como eso ya lo dije y odio repetirme, y una marca de la vejez es repetirse, paro aquí.